



Bulletin de l'Institut français d'études andines
ISSN: 0303-7495
secretariat@ifea.org.pe
Institut Français d'Études Andines
Organismo Internacional

Sánchez, Gonzalo; Lair, Eric

De la necesidad de pensar la violencia colectiva: el caso andino
Bulletin de l'Institut français d'études andines, vol. 29, núm. 3, 2000

Institut Français d'Études Andines
Lima, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12629301>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DE LA NECESIDAD DE PENSAR LA VIOLENCIA COLECTIVA: EL CASO ANDINO

Gonzalo SÁNCHEZ, Eric LAIR

Se habla hoy de creciente inestabilidad en la zona andina. Los signos abundan: movimientos sociales e indigenistas que sacuden a Ecuador y Bolivia; sorpresivo abandono del poder por parte del presidente Alberto Fujimori en Perú; intensificación de la guerra interna en Colombia con su impacto múltiple en los países limítrofes (1). Resulta, por lo tanto, pertinente explorar en qué medida los fenómenos de violencia colectiva contribuyen a la fragmentación del paisaje sociopolítico de los países andinos en el umbral del siglo XXI. Para mayor precisión, circunscribimos nuestra reflexión a fenómenos de violencia colectiva en Perú, Ecuador y, muy particularmente, Colombia.

Pero antes de avanzar en esta dirección cabe recordar que durante más de cuatro décadas, los estudios sobre la violencia colectiva armada (guerra entre Estados, conflictos armados locales y/o internos, rebeliones, motines, etc.) fueron “opacados” por el marco de la confrontación este-oeste. En ese contexto, la mayoría de los análisis privilegió los enfoques “macro”, en detrimento de la historicidad interna y de las dinámicas locales de la violencia colectiva, como si ésta fuese simple epifenómeno de la rivalidad bipolar. Adicionalmente, y retomando la visión clásica de la guerra heredada de uno de sus principales teóricos, el estratega militar prusiano Carl Von Clausewitz, y de la escuela llamada “realista”, tales análisis se interesaron ante todo en una forma particular de la violencia colectiva, a saber: las guerras entre Estados.

Ahora bien, hoy en día las guerras más frecuentes no son interestatales sino internas. Y algo más, el panorama de la violencia colectiva no se puede reducir al fenómeno de la guerra. Existen otras categorías de violencia colectiva “olvidadas” por los politólogos y expertos en relaciones internacionales, como las actividades contestatarias o las criminales de las milicias urbanas, y las prácticas de violencia intercomunitaria que tienden a ocupar un espacio cada vez más significativo en dicho panorama. Es pues gracias a la labor de algunos antropólogos (2), etnólogos o

(1) Para un panorama reciente de la así llamada “crisis” colombiana, véase el numero temático de la revista *Colombia Internacional*, 2000.

(2) Para un balance crítico de los estudios sobre la violencia armada, y en particular la guerra, en antropología, véase Otterbein, 1999.

sociólogos que han venido estudiando estas otras manifestaciones de la violencia desde hace varias décadas a la sombra de los “macroanálisis” de la guerra fría, que ya no es posible ignorar o menospreciar hoy su importancia en la (de)construcción del tejido social en el mundo andino (3).

El final de la Guerra Fría brinda pues la oportunidad de (re)pensar la violencia colectiva a partir de nuevos referentes analíticos. Las más elementales nociones de nuestro bagaje habitual empiezan a ser cuestionadas. Para comenzar, la noción misma de “guerra civil”. En efecto, algunos estudiosos ponen de manifiesto los límites de estas nociones en contextos como aquellos en los cuales los protagonistas armados involucran cada vez más a la población en el conflicto bajo la coerción, y sobre todo el terror; o cuando, lo que es una derivación de lo anterior, la violencia, más que alternativa al orden social existente, es fuerza destructora de muchos lazos sociales y éticos de la nación. En este sentido, no le faltan razón a quienes consideran necesario acuñar nuevos términos para dar cuenta de estos procesos, y hacen propuestas de caracterización como las de “guerra no civil”, “guerra contra la sociedad” (4), e incluso “guerra por poblaciones o cuerpos interpuestos” (Lair) (5).

Desde luego siguen siendo válidos los esfuerzos por tratar de aprehender la violencia en términos “estructurales”, y principalmente de “debilidad” o “precariedad” del Estado, como se apreciará al leer muchos de los estudios presentados en este volumen. Pero éstos tal vez resulten ya insuficientes para explicar fenómenos como los de intensificación/desaceleración del uso de la fuerza armada; lógicas de acción de los actores armados —cada vez más privatizados y descentralizados—; prácticas y formas de violencia; y transacciones entre agentes estatales y grupos armados privados (Ceballos; Sánchez).

Existe también un esfuerzo notable por substituir el ya obsoleto marco de referencia de la Guerra Fría por nuevos paradigmas, asociados unas veces a la idea de un “choque de civilizaciones”, otras a la confrontación de modelos de desarrollo, y unas más ligadas a la expresión de ideales comunitarios excluyentes (nacionalismo, etnicismo, religión, etc.) y a un cierto imaginario de “desorden”. Pero ¿se trata efectivamente de un desorden de lo real o de un desorden en la mente de los analistas? Quizás, como lo afirma Michael Ignatieff (2000) en un ensayo sobre la violencia de posguerra fría, “el mundo no está volviéndose más caótico o más violento, aunque nuestra impotencia para comprender y actuar lo revista de tal apariencia”.

Con todo, los trabajos reunidos en este volumen no tienen la pretensión de ofrecer un nuevo paradigma o marco analítico sino más bien presentar un panorama deliberadamente fragmentado de la violencia colectiva en el mundo andino. Ello sin renunciar, por supuesto, a la posibilidad de organizar tal diversidad en torno a ejes temáticos.

(3) Para un análisis de la reciente literatura sobre los conflictos armados en África véase Lair, 2001.

(4) Expresión de Daniel Pécaut (1999).

(5) Los apellidos presentados entre paréntesis hacen referencia a los artículos que figuran en esta publicación.

Los estudios, en su conjunto, proveen una sólida materia prima para pensar la violencia en su heterogeneidad. Se interesan tanto en las víctimas como en los actores de la violencia, en sus interacciones, en las lógicas de acción de los protagonistas. En cierta medida marcan un retorno del “actor” en los estudios sobre la violencia. Veámos en más detalle la estructura del volumen.

1. LA INTENSIFICACIÓN DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO

El primer artículo de la presente publicación permite introducir la compleja temática de la intensificación y posible extensión del conflicto interno colombiano a los demás países vecinos de la región. Gonzalo Sánchez pone en perspectiva histórica, social y político-militar la actual guerra cuyos principales protagonistas armados son las fuerzas estatales, la guerrilla y los grupos paramilitares. El autor subraya que la confrontación armada constituye la mayor, pero no la única, forma de violencia colectiva en el país.

A partir del análisis de los actores en conflicto, el autor señala que todas las manifestaciones de violencia colectiva entran en un juego de interferencias recíprocas, inclusive con formas de violencia “más difusa” (Perea) asociadas a las pandillas bogotanas o aún a las milicias urbanas de Medellín (dimensión sobre la cual insiste también Ceballos en su texto). Esos cruces contribuyen a definir, según el autor, “la singular complejidad del caso colombiano”. En segundo lugar, el texto vincula de manera inextricable el tema de la paz al de la guerra. En un momento en que se ha iniciado un nuevo proceso de paz —sin haber logrado previamente ningún cese de hostilidades— entre la administración del presidente Andrés Pastrana y la guerrilla, el ensayo llama la atención sobre los riesgos de una negociación parcelada, es decir que asegure el regreso a la vida civil de sólo una fracción de los actores en guerra, lo que se traduce a la larga en “ajustes de cuentas” entre los que acogen el pacto y los que se niegan a abandonar las armas. El autor aboga por una paz global, como única solución negociada durable para un conflicto que ha alcanzado niveles de crueldad insospechados.

En esta misma dirección Daniel Pécaut profundiza en el impacto del terror en el conjunto de la sociedad y particularmente en los niveles de desconfianza que genera. Más precisamente, el autor analiza las lógicas de acción coercitivas de los protagonistas en conflicto que hacen del terror un verdadero recurso e instrumento de guerra, a fin de incrementar su poder. D. Pécaut dibuja un cuadro notable de los distintos tipos de terror y de las estrategias de los grupos armados que se van multiplicando y dejando como telón de fondo una creciente “desinstitucionalización” de la guerra. Lo cual constituye otra peculiaridad del conflicto colombiano.

Por otro lado, si bien es cierto que las fuerzas regulares son un actor de la confrontación, el país se encuentra actualmente en una lógica creciente de privatización y de polarización entre dos protagonistas ilegales: la guerrilla y los paramilitares. El uso de violencia ilegítima por parte de agentes estatales existe y se denuncia en múltiples foros nacionales e internacionales, pero se ve desbordado por la dinámica de estos dos grupos que proponen finalmente un tipo de guerra bien diferente al que conocieron otros países de América latina como Argentina y Chile en la época de la “guerra sucia” cuando

el terror —principalmente fomentado desde las esferas estatales— era un método de lucha interna rutinario.

Es precisamente en torno a uno de estos dos protagonistas ilegales, los paramilitares, que reflexiona Mauricio Romero. Dada la reciente creación de los grupos paramilitares (autodenominados “autodefensas”) en comparación con las guerrillas, cuya conformación se remonta hasta mediados de los 60, es relativamente poco lo que se ha escrito sobre el tema. El trabajo en cuestión hace primero la distinción entre los paramilitares de la década de los 80 con su principal núcleo en la región del Magdalena Medio (centro-norte del país), y muy dependientes de sus nexos con las fuerzas militares, y los grupos armados de hoy que crecen aceleradamente y representan una tercera fuerza beligerante. M. Romero analiza la impresionante expansión paramilitar, que sirve inicialmente de muro de contención a la apertura política y a la democratización observada desde los 80, para concluir que la consolidación de estos grupos ha configurado un contra-orden en diferentes zonas del país. El texto da pie para ulteriores desarrollos de una perspectiva comparativa con otras experiencias de grupos de autodefensas en los Andes, tales como los Comités de Defensa Civiles del Perú y las rondas campesinas oriundas del norte del mismo país, sobre las cuales existe ahora una abundante literatura (6). Aunque, todos estos grupos entran en la categoría genérica de “autodefensas” remiten a realidades socioeconómicas y militares muy disímiles.

Cierra esta primera parte sobre las múltiples dimensiones del conflicto interno colombiano, Sophie Daviaud con un panorama desolador de los Derechos Humanos, desde la perspectiva de las Organizaciones No Gubernamentales.

Este empeoramiento del panorama de los DDHH no es casual. Es la consecuencia de las lógicas de acción armadas mencionadas anteriormente. A medida que se ha venido deteriorando la confrontación armada, la sociedad civil ha intentado organizarse para reaccionar y resistir a las atrocidades cometidas contra la población inerme. Las ONG's participan ampliamente en este esfuerzo de “rehabilitación” del lazo social en tiempo de guerra. Pero un poco a semejanza de la sociedad civil, se encuentran fragmentadas y debilitadas por la violencia misma que se ejerce sobre ellas, por la falta de recursos, las rivalidades, e incluso por los intentos de “recuperación” por parte de los partidos políticos.

2. LOS GRUPOS ARMADOS URBANOS DE MEDELLÍN Y BOGOTÁ

Con los dos estudios de Ramiro Ceballos y Carlos Mario Perea, nos mantenemos en la temática de los actores armados de la violencia en Colombia. Sin embargo, pasamos aquí a un escenario y a una geografía de la violencia de carácter urbano. En efecto, si el conflicto armado como tal tiene connotaciones dominante rurales, las otras formas de violencia que atraviesa la sociedad colombiana se han “urbanizado” ampliamente en las últimas décadas.

R. Ceballos enfoca principalmente su mirada en dos grandes expresiones de violencia urbana, a saber, las bandas asociadas al auge del narcotráfico y las así llamadas

(6) Véase por ejemplo los trabajos de Degregori (1996).

“milicias”, ambas en Medellín, una de las ciudades con mayores tasas de homicidios en América Latina. Crean a menudo vínculos más o menos orgánicos con las guerrillas, dando lugar a una “circularidad” entre actores rurales y urbanos de violencia, y entre expresiones políticas, sociales y económicas de la misma.

La violencia urbana analizada en los dos estudios tiene un fuerte componente territorial. El territorio es a la vez una frontera simbólica entre los grupos armados y un poderoso referente identitario. Permite crear mecanismos de segregación socioespacial armada y privatizados.

En su artículo sobre las pandillas del sur de Bogotá, C. M. Perea propone una sociología de la cotidianidad de los grupos armados, realizada en base a una sistemática información directa con los jóvenes de las barriadas. El autor recuerda que éstos no son simples delincuentes comunes. Son poderes locales de hecho que controlan territorios poblados. Además, sus motivaciones para integrar tales grupos no responden meramente a una lógica económica. Los recién ingresados buscan poder, identidad dentro del grupo (lazos de pertenencia) y el reconocimiento de un nuevo estatus social mediante el uso de las armas.

3. LA JUSTICIA PRIVADA

La temática de la privatización de la violencia y de los espacios se encuentra de nuevo presente en el estudio de Mario Aguilera sobre la justicia aplicada por las guerrillas. En un artículo particularmente novedoso, el autor intenta distinguir varios tipos de justicia armada con valor “ejemplarizante” que pretende ser simultánea o sucesivamente justa, punitiva, retaliadora, y comporta ostensiblemente la afirmación de un poder privado sobre los demás.

En otro texto dedicado a la administración de la justicia privada en algunas comunidades del Ecuador, Andrés Guerrero propone otra visión de la justicia descentralizada con la práctica de los linchamientos. De tipo comunitario, esta forma de justicia —cada vez más mediatisada— opera en el marco de los valores, tradiciones y representaciones propias de las comunidades indígenas. Las prácticas de justicia son en estos casos un complemento a la acción del Estado (función instrumental) particularmente deficiente en materia de administración de justicia. La violencia tiene en esta perspectiva como principal propósito regular el tejido social de las comunidades.

4. DISCURSO POLÍTICO, REPRESENTACIÓN Y MEMORIA DE LA VIOLENCIA

Frente a todos estos fenómenos de violencia difusos, complejos y privatizados, se plantea la cuestión de saber cómo interpretar y dar un significado a la violencia. El significado es precisamente el hilo conductor de los últimos tres trabajos de esta publicación.

Si bien son interrogantes, se encuentran planteados en varios de los trabajos ya mencionados, su formulación es aún más específica en los artículos de Carlos Iván Degregori, Éric Lair y Kimberly Theidon.

C. I. Degregori vuelve sobre la evolución y la expansión de la guerrilla de Sendero Luminoso en el Perú de los años 1980 hasta principios de la siguiente década, concentrándose en las estrategias discursivas. Sendero se caracterizó por su gran capacidad de producir discursos, diríase que con el propósito de crear “una comunidad de discurso” en su entorno y un fuerte imaginario político-militar. Esta voluntad de legitimación y de búsqueda de sentido a la lucha armada no es tan explícita en el caso colombiano.

Es más, el texto de É. Lair intenta demostrar que la confrontación armada en Colombia carece a menudo de referentes, no obstante que sus protagonistas responden a lógicas de acción identificables. Existe una clara diferencia entre la capacidad militar exhibida por los actores armados ilegales —más poderosos que Sendero Luminoso hoy derrotado— y su propensión a crear “una comunidad de discurso” y a enmarcar la lucha en un mundo de referentes políticos e ideológicos compartidos por la población.

La construcción de una retórica revolucionaria supuestamente movilizadora por parte de Sendero, y principalmente su líder carismático o “cosmocrático”, no es una garantía de éxito en la lucha armada. De hecho, Sendero corrobora una vez más el axioma de que sin el respaldo de la población resulta difícil, por no decir imposible, lograr tomar el poder. Por haber multiplicado las exacciones contra los civiles y haberse hundido en un “integrismo” sincrético violento mezclando la religión, la mística y el pensamiento comunista, Sendero se alejó de la población que pretendía involucrar en su revolución armada. Es a la larga una guerrilla fracasada política y militarmente.

Por ahora, es difícil determinar hasta dónde la guerrilla en Colombia vaya a seguir ese rumbo. Pero lo cierto es que la multiplicación de las exacciones contra los civiles por parte del conjunto de los actores en conflicto, que libran una guerra por “poblaciones interpuestas” (Lair), no deja de deslegitimarlos ante la sociedad. Con todo, a diferencia de Sendero, han logrado compensar esta falta de legitimidad con abundantes recursos económicos y una fuerte capacidad militar, ¿pero hasta cuándo?

Es en este contexto de guerra contra los civiles que hay que poner en perspectiva el artículo de K. Theidon. ¿Cómo pensar en la reconciliación cuando los actores y las víctimas proceden de, y coexisten en, los mismos espacios sociogeográficos? Retomando también algunos aspectos del discurso de Sendero que analiza en un escenario posconflictivo y de construcción de la memoria de sus víctimas, K. Theidon muestra que el perdón no es fácil, por la magnitud de las violencias y por las prácticas de crueldad, particularmente en las guerras internas, que son, además, conflictos armados de “proximidad”.

El largo camino hacia la reconciliación y la confianza recíproca entre los actores de la violencia y sus víctimas, analizado por K. Theidon, da una idea de la dolorosa espera a la que está sometida la sociedad colombiana, aún si se lograra la firma de la paz con los grupos en conflicto.

5. UN PANORAMA DE LA VIOLENCIA ABIERTO...

El conjunto de estos estudios no pretende desde luego cerrar el tema. Busca más bien insinuar pistas de reflexión que deberán ser complementadas y confrontadas en el

futuro con otros enfoques multidisciplinarios y temas como las drogas, que afectan a todos los países de la región, o esos otros temas apenas incipientes de la violencia desde una perspectiva de género. Son tareas centrales que nos quedan pendientes dentro del propósito que ha animado esta publicación: destacar la diversidad de la violencia colectiva en los Andes, la variedad de escenarios, la multiplicidad de los enfoques y de las herramientas analíticas. Ojalá con ello estemos también preparando el terreno para la elaboración de nuevas síntesis.

Referencias citadas

- COLOMBIA INTERNACIONAL, 2000 - N° 49-50, mayo-diciembre.
- DEGREGORI, C. I. (Edit.), 1996 - *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*, 269p.; Lima: IEP.
- IGNATIEFF, M., 2000 - *El honor del guerrero*; Barcelona: Taurus.
- LAIR, E., 2001 - Por una renovación de los estudios sobre los conflictos armados: el caso africano. *Memoria y Sociedad*, enero: 3-11.
- OTTERBEIN, K. F., 1999 - A history of research on warfare in anthropology. *American Anthropologist*, Volume 101, N° 4: 794-805; Washington.
- PÉCAUT, D., 1999 – Colombie : une paix insaisissable. *Problèmes d'Amérique Latine*, N° 34, juillet-décembre: 5-31.